

# E. MIRET MAGDA LENA

Resulta descorazonante que Pablo VI se limitase a decir sobre el problema de Chile unas breves palabras que apenas comprometían a la Iglesia, y expresadas ante los peregrinos de un domingo. Estas palabras, expuestas en forma de pregunta, significaban sólo el deseo de "conjurar la guerra civil y restablecer la concordia entre los ciudadanos".

Un poco más explícito fue el periódico "L'Osservatore Romano", que hablaba del "trágico epílogo de la crisis" y pedía un honroso respeto a "la tragedia humana" que anida en el corazón de los chilenos, y a veces, hasta en su carne; y el anhelo que muchos tienen, compartido por el periódico oficioso del Vaticano, de que se vuelva cuanto antes a una situación democrática.

Los franceses y los italianos han sido los países con mayor sensibilidad a esta situación de fuerza tan poco coherente con el clima evangélico. Los dos mil "cristianos para el socialismo", que se reunieron en Italia en la ciudad de Bolonia, manifestaron su indignada tristeza ante los silencios del Vaticano y de la jerarquía chilena. En Francia, once organizaciones cristianas manifestaron públicamente "su consternación, su indignación y su determinación de mostrar en la práctica otro aspecto para la Iglesia de Cristo" que el manifestado por la jerarquía.

Recibo una carta, dramática carta, de Chile, en donde una cristiana me habla de otro aspecto: el silencio no de la Iglesia de Chile, sino por la presión que sufre la Iglesia allí sin poder manifestar su dolor; el dolor de la Iglesia que no es su jerarquía, sino el clero y los fieles.

Por unas causas o por otras, el hecho es que el silencio, inducido por el temor o exigido por la fuerza, impide un testimonio claro que sería decisivo en estos momentos de la Iglesia.

Algo debe ocurrir cuando la libertad con que se expresaba el episcopado antes del gobierno Pinochet, se ha convertido en un silencio cada vez mayor conforme avanzan los días.

Es curioso que cuando estaba el gobierno Allende dirigiendo los destinos de Chile, el cardenal Silva Henríquez afirmaba: "Tenemos tribunales, libertad de Prensa, un parlamento elegido por el pueblo...; dentro de este régimen la Iglesia goza de una plena libertad de acción. Es respetada por el gobierno y la oposición".

El cambio se veía venir. Al menos muchos se percataron de ello, y por eso los obispos de Chile, en el mes de julio último, vieron el espectro de la "guerra civil", con sus dos gravísimos peligros de "la muerte y la miseria", y lo que es igualmente grave, "el odio y el rencor, que harían muy difícil la reconstrucción".

Hace tres meses hicieron un diagnóstico de

la situación los obispos, manifestando que había llegado su "hora dramática". La mayoría del pueblo quería resolver los problemas pendientes por medio de la acción pacífica, lo cual era una utopía si no se conseguía "una fraternidad nacional que nos transforme en una sociedad moderna y progresista"; y para ello resultaba imprescindible, según los obispos, "inventar una forma de justicia que corresponda al alma de Chile y que permita a los más pobres y los más débiles tener todo lo que la tierra pueda darles para ser plenamente hombres". Porque "la gran mayoría de los habitantes de Chile tenemos hambre y sed de justicia", y para satisfacerlo era imprescindible "realizar cambios sociales urgentes y profundos" que llevaran a un "Chile nuevo, construido en el respeto de cada hombre".

El país, como lo definía hace un mes, o poco más, un famoso profesor y pastor protestante francés, era un país con "una pobreza generalizada"; pero existía un entusiasmo popular por salir de ella, pensando muchos cristianos y no cristianos en un socialismo pacífico. Pero era muy importante que los

muerto en el Instituto Médico Legal, y cuyo funeral se celebró pocos días después, presidido por el obispo Aristia, con una misa concelebrada por más de cuarenta sacerdotes que le tenían por mártir de este cristianismo abierto. Decía aquella noche dramática este sacerdote: "Quisimos poner vino nuevo en odres viejos, y nos hemos encontrado sin odres y sin vino... de momento. Ninguno de los que han untado el pan en las ollas de Egipto—recordaba citando a la Biblia— verá la Tierra prometida sin pasar por la experiencia de la muerte".

Estas muertes silenciosas tienen que conocerse más, del mismo modo que la Iglesia debería levantar más claramente su voz para conseguir la vuelta hacia la convivencia democrática, olvidando las discusiones en torno al acierto o no acierto de la fase anterior, pues resulta muy socorrido justificar así el silencio. El padre Giulio Girardi, el antiguo profesor salesiano, que poco a poco van expulsando de todos los organismos universitarios eclesiales por su postura evangélica de apertura sincera y profunda hacia una nueva sociedad, ha publicado en "Le Monde" un artículo sobre este silencio de la Iglesia en Chile.

Al actual régimen lo califica este sacerdote de "fascismo cristiano", que, por supuesto, poco tiene de cristiano salvo el nombre. Y se pregunta si no vamos a llegar a un punto triste: a excomulgar a los que no quieran comulgar en la complicidad con este llamado fascismo cristiano, porque la verdad es que entonces "los excomulgados se contarían por millones, y entre ellos, numerosos chilenos culpables de haber creído que la fidelidad a Jesucristo les exigía colocarse sin equívocos del lado de los pobres y de las clases que los representan en esta lucha social" ("Le Monde", 13 de octubre de 1973.)

Pero lo que no pueden pensar estos "marginados" es que el fundador del cristianismo les pueda excomulgar, puesto que Él se encuentra al lado de todos los que anhelan una nueva sociedad más abierta a todos, sin discriminaciones ni privilegios, en la cual no cuenten los egoísmos de ninguno, estén donde estén. Si la Iglesia oficial parece en buena parte haberles dejado abandonados, la Iglesia de Cristo no les abandona ni les abandonará nunca, porque está formada por los que desean que el Evangelio no sea un conjunto de buenas palabras complacientes, sino el acicate para una reestructuración social en donde los móviles terroristas no cuenten, sino la convivencia y la cooperación para el bienestar común.

Si la democracia cristiana, en general, ha estado también silenciosa, lo único que podemos decir es que su futuro en Chile se ha cerrado, no sólo por las dificultades del momento, sino por su postura delicuescente, a pesar de algunas voces de disconformidad.

## CHILE: ¿UNA IGLESIA SILENCIOSA?

cristianos, que son la inmensa mayoría del país, vieran las cosas con esta perspectiva social y socialista del futuro. Esto lo pensaba también otro pastor protestante, de nacionalidad chilena, cristiano profundo y socialista convencido, quien pensaba en una amplia educación del país para superar "el individualismo y el egoísmo de los burgueses". Y así las nuevas estructuras socialistas que se iniciaban podrían tener éxito. Una apelación sincera y profunda a la creencia cristiana todavía era un fuerte motivo en las masas del país, la cual podía ayudar a esta transformación psico-social, condición necesaria para el éxito de unas nuevas estructuras más sociales.

Lo mismo que decía patéticamente la noche antes de morir el sacerdote Juan Alsina, quien también tenía ese ilusionado anhelo abierto hacia el futuro de ese país. Era este sacerdote un ejemplar cristiano que trabajaba con los Matrimonios Obreros de Acción Católica y cuyo sustento lo conseguía en un trabajo profesional en el Hospital de San Juan de Dios. Se conserva su testamento espiritual, escrito la noche antes de aparecer